

El populismo es un fenómeno que no conoce fronteras geográficas, temporales ni ideológicas. Podemos encontrar sus huellas en regímenes democráticos como autoritarios, del pasado como del presente, en todos los continentes destacando en Europa y Latinoamérica y en políticos de izquierda y derecha.

No obstante lo anterior, el populismo presenta ciertas características generales identificables en diferentes latitudes y épocas.

El primer elemento es que el populismo surge generalmente como una consecuencia de una crisis originada por causas económicas o políticas o por el debilitamiento de las instituciones fundamentales de una nación (...).

Una segunda característica es que estas reformas o medidas refundacionales son enunciadas en términos vagos y ambiguos, dificultando así su análisis crítico y eventual cuestionamiento. La «promesa populista» se formula como un mensaje equívoco, con diferentes lecturas y que cada quien interpreta según su criterio.

Un tercer rasgo del populismo es la estigmatización de un grupo de la sociedad, generalmente integrante de la élite, a quienes se les imputa expresa o tácitamente la responsabilidad de los problemas que se promete resolver.

Un cuarto elemento es el desprecio por el realismo que casi siempre se expresa en un ciego voluntarismo económico que desconoce las restricciones naturales en la disponibilidad de recursos que existen en toda sociedad.

Populismo latinoamericano

En América Latina el populismo ha estado presente durante gran parte de su historia, a través de diferentes líderes y corrientes políticas que aun pudiendo tener distinto signo ideológico, comparten elementos comunes propios de este fenómeno. Rasgos como el discurso nacionalista y antiimperialista (...), el caudillismo y la reticencia a respetar las instituciones que forman parte del Estado de Derecho y cuyos mecanismos de control, mediación y contrapeso al poder político son vistos por el caudillo populista como obstáculos que entorpecen la acción de su gobierno (...).

En el ámbito económico los gobiernos populistas latinoamericanos se han caracterizado por la implementación de políticas de sustitución de importaciones, industrialización forzosa, irresponsabilidad fiscal y monetaria, nacionalización de empresas y una fuerte intervención y presencia del Estado en la economía (...).

Populismo histórico en Chile

Después de la Independencia, salvo los primeros años, Chile logró alejarse del populismo latinoamericano. Ello gracias a la influencia de Diego Portales, Andrés Bello y Manuel Rengifo, entre otros, cuyas ideas y liderazgo se tradujeron en la construcción de instituciones que impusieron el orden republicano y combatieron el caudillismo populista latinoamericano (...).

Esta realidad comenzó a cambiar hacia fines del siglo y se acentuó en el siglo XX. Hubo una creciente crítica a la capacidad de gobernar de las élites, existió una crisis internacional como la de 1929 en la cual fuimos el país más dañado de Latinoamérica y comenzaron las propuestas populistas. Son dos los liderazgos populistas que podríamos destacar: Carlos Ibáñez y Salvador Allende.

Carlos Ibáñez del Campo fue presidente de Chile en dos ocasiones. El primer período abarca desde 1927 hasta 1931 y el segundo va de 1952 a 1958. Es su primer mandato el que es mayoritariamente calificado como populista por diferentes historiadores y científicos políticos.

¿Se aleja el fantasma?

Extractos del texto de Cristián Larroulet, ex ministro de Sebastián Piñera y profesor de la Universidad del Desarrollo, que forma parte del libro editado por Alvaro Vargas Llosa “El estallido del populismo”, que se lanza mañana en esa casa de estudios.

Flavia Freidenberg describe con claridad las características populistas que tuvo su primer gobierno: «Su gobierno puede ser considerado como la “mejor corriente” populista, nacionalista y antipartidista de Chile durante el siglo XX». Su gobierno «marcó el inicio de la intervención del Estado en la economía como un agente de desarrollo del país. Favoreció la política económica expansionista...». Más adelante agrega: «El ibañismo inició la política de protección industrial a través de aranceles y la expansión de créditos públicos». «Su discurso era fuertemente antiliberal y corporativista más que antidemocrático» (...).

El populismo de Salvador Allende entre 1970 y 1973 se puede ver en su programa de gobierno. Él realiza un diagnóstico de la situación del país que refleja la visión apocalíptica y dicotómica propia del populismo latinoamericano: «El problema principal no es la eficiencia sino el poder, esto es: ¿quién controla la economía y para quién?» (...).

En el documento programático «Las primeras 40 medidas» del gobierno de la Unidad Popular encontramos propuestas de indudable corte populista. (...) El Estado empresario abarcó los principales sectores económicos estatizando no sólo las grandes o medianas empresas sino que también interviene en la adquisición, gestión y comercialización de pequeñas actividades.

Las principales consecuencias económicas del populismo de Allende fueron un aumento del gasto del sector público no financiero consolidado de 30.9 por ciento del PGE en 1970, 39.5 por ciento en 1971 y 46.4 por ciento en 1972. Déficit del sector público creciente y desproporcionado; el déficit del 6.6 por ciento de 1970 se eleva secuencialmente a 15.3 por ciento (1971), 24.5 por ciento (1972) y 30.5 por ciento (1973). Y durante el segundo semestre de 1972, una aceleración de la ya elevada inflación (de tres dígitos en base anual) coexistió con la escasez generalizada y la proliferación del mercado negro (...).

Chile libre de populismos: 1990-2014

Hacia el término del gobierno militar que introdujo profundas reformas económicas y sociales, Chile vive un período extraordinariamente fecundo en materia política, económica e institucional. Así en la presiden-



cia de Patricio Aylwin (1990-1994) se lleva adelante una ejemplar conducción política caracterizada por la búsqueda y materialización de consensos para llevar adelante las políticas públicas responsables de la transformación de Chile como país líder en América Latina en materia social y económica.

Creo que uno de los factores fundamentales que permitieron el despegue de Chile durante estos años fue la búsqueda de acuerdos entre los sucesivos gobiernos de la Concertación y la oposición (...).

Edgardo Boeninger, ex ministro del presidente Aylwin fue uno de los artífices de ese proceso por el que después transitaron los siguientes gobiernos de la Concertación encabezados por los presidentes Frei (1994-2000), Lagos (2000-2006), Bachelet (2006-2010). Esos gobernantes eran miembros de partidos de centroizquierda y de izquierda. Además fue la característica del primer gobierno de centroderecha encabezado por el ex presidente Piñera (2010-2014) (...).

Bajo el título «El rechazo de la tentación populista», Boeninger señala las razones que explican el mantenimiento en democracia de las políticas económicas implementadas durante el gobierno militar: «El duro aprendizaje propio y las lecciones de la inestabilidad económica crónica de América Latina generaron en Chile el descrédito del populismo que llegó a su máxima expresión en la gestión Vuskovic».

La explícita voluntad antipopulista de la Concertación en 1990 también se refleja en las palabras de Alejandro Foxley, ex ministro de Hacienda de Aylwin: «Nuestra política de gasto social es responsable y ajena al populismo. El esfuerzo de gasto es también esencialmente gradual, y no pretende corregir de inmediato problemas que vienen de muy atrás».

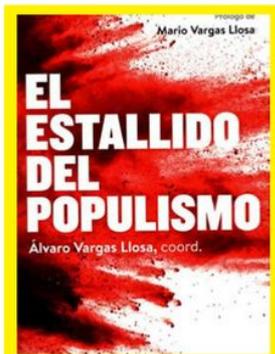
Después de gobernar por dos décadas, la Concertación pierde en 2010 la elección presidencial ante Sebastián Piñera. Cuando ese año asume el primer gobierno de centroderecha desde la vuelta a la democracia, existían una serie de condiciones que propiciaban hacer un gobierno populista: el país había sido recién azotado por el terremoto y maremoto que causaron el mayor daño de su historia, venía de sufrir los efectos de la crisis económica del período 2008-2009, existía también un ambiente social crispado por movilizaciones y demandas estudiantiles, y además la confianza de la ciudadanía en los partidos políticos había caído significativamente.

No obstante lo anterior, una vez más la conducción del gobierno se caracterizó por alejarse del populismo, llamando a la unidad del país para reconstruirlo durante los 4 años del mandato del ex Presidente Piñera, conjugando la tradicional austeridad fiscal con reformas políticas, económicas y sociales que permitieron a Chile volver a crecer fuertemente (...), reducir la pobreza (...); y la desigualdad de ingresos (...).

La tentación populista del segundo gobierno de Bachelet

Lamentablemente este casi cuarto de siglo que Chile avanzó por el camino hacia el desarrollo fue interrumpido por la llegada al gobierno de la Nueva Mayo-

“... la reacción ciudadana a las reformas (del gobierno de Bachelet) puso un freno parcial al avance del proceso descrito, demostrando una vez más que la democracia es el mejor antídoto contra el populismo.



“La derrota definitiva del populismo, como fue la del comunismo, le dará la realidad, el fracaso traumático de unas políticas irresponsables que agravarán todos los problemas sociales y económicos de los países incautos que se rindieron a su hechizo. La colección de ensayos de este libro, que muestra con sólidos argumentos y ejemplos muy precisos los estragos que el populismo ha causado y causa en los países que se rinden a su demagogia, participa en ese combate de manera resuelta”.
Extracto del prólogo de Mario Vargas Llosa, al libro de editorial Planeta “El estallido del populismo”.

ría (...).

Comunicacionalmente el retorno de Michelle Bachelet a la arena política fue presentado por sus partidarios de acuerdo al tradicional relato populista, según el cual el líder que tiene relación directa con el pueblo aparece para «rescatarlo» de las injusticias de un país que sufre por la desigualdad «insostenible» y los abusos cometidos por la elite.

Lo mismo sucede con su diagnóstico de la realidad chilena. En efecto, la visión de la situación del país la encontramos en su programa de gobierno donde señala: “Este programa encara decididamente estas desigualdades que persisten en el país, pues se funda en la convicción de que la desigualdad es insostenible...”.

Más adelante el texto se refiere vagamente a los medios que se propone utilizar para sus propósitos: «La necesidad de resolver las brechas de desigualdad que hoy tenemos nos exige realizar cambios profundos y estructurales».

Como vemos, el documento programático efectúa una descripción de la realidad de Chile teñida por la perspectiva populista: una nación dividida, en crisis por las diferencias sociales y ansiosa de ser rescatada por la acción de un líder que corrija las desigualdades.

Con todo, cabe preguntarse ¿es correcto el cuadro que describe la Nueva Mayoría respecto de lo que realmente sienten y necesitan los chilenos? No, es un diagnóstico equivocado que no coincide con las aspiraciones más profundas de la mayoría nacional. En efecto, la afirmación de que en Chile existe un profundo malestar social y que ello está relacionado con «el modelo» de desarrollo corresponde más a una interpretación interesada y motivada ideológicamente que a una constatación fundada en hechos de la realidad. Así lo demuestran, entre otros, los informes del PNUD, que muestran a un 77 por ciento que se declara feliz. Asimismo, según los datos del estudio «Una mirada al alma de Chile» sobre el 60 por ciento de los chilenos piensa que su vida familiar, nivel de ingresos, cantidad de tiempo libre y casa son mejores en comparación con la que tuvieron sus padres (...).

Reformas populistas

Gran parte del rotundo fracaso del gobierno de la Nueva Mayoría se explica por su garrafal error de diagnóstico que ya vimos y por el sesgo y visión dogmática

de sus reformas. El carácter populista de estas reformas quedó manifestado en las palabras del senador Jaime Quintana, destacado integrante de la Nueva Mayoría quien hace tres años anticipó lo que vendría para Chile: «Nosotros no vamos a pasar una aplanadora, vamos a poner aquí una retroexcavadora, porque hay que destruir los cimientos anquilosados del modelo neoliberal de la dictadura». Palabras que parecían más en sintonía con los objetivos populistas del gobierno de Allende que con la gestión realizada por los gobiernos de Aylwin, Frei, Lagos y el primer período de Bachelet.

Las reformas a la educación (analizada en nuestro libro “La educación en la encrucijada: ¿Estado docente o sociedad docente?”), tributaria y laboral no fueron construidas siguiendo el espíritu de los acuerdos con visión de Estado y largo plazo, escuchando la voz de los expertos sino de acuerdo a la «doctrina de la retroexcavadora» (...).

El Freno Ciudadano e Institucional

Pero la acción y efectos de la «retroexcavadora» de la Nueva Mayoría no sólo han dañado al país: también afectaron al propio gobierno. En efecto, el fracaso de las reformas populistas se refleja en la estrepitosa caída en el respaldo a la Presidenta. También la percepción del progreso ha decaído, ya que el 81% piensa que la economía se encuentra estancada o retrocediendo, cifra que al inicio de su gobierno llegaba al 44%.

En tanto, según el mismo estudio, un 61% de la ciudadanía rechaza la reforma tributaria aprobada por el Congreso; el 60% desapruueba la reforma educacional y el 58% de los chilenos no apoya la reforma laboral.

Advertida de esta realidad, la Presidenta Bachelet llevó a cabo en la mitad de su gobierno un profundo cambio de gabinete que significó reemplazar a sus principales colaboradores políticos y económicos, los mismos que habían participado en la elaboración de parte importante de su programa de gobierno y reformas. De esta manera la reacción ciudadana a las reformas puso un freno parcial al avance del proceso descrito, demostrando una vez más que la democracia es el mejor antídoto contra el populismo.

Al rechazo social a las reformas se suma el efecto de contención de las sólidas instituciones republicanas que distinguen a Chile en el mundo. Ejemplos de esto son el rol de las reglas constitucionales y legales de responsabilidad fiscal que han permitido no agravar más las cuentas presupuestarias; la autonomía del Banco Central y la flexibilidad cambiaria, que han facilitado los ajustes; las garantías constitucionales y el rol del Tribunal Constitucional que han hecho posible proteger las libertades fundamentales en el ámbito del trabajo y el acceso a la educación.

Conclusión

En definitiva, gracias al mayoritario rechazo ciudadano a las reformas, Chile ha logrado, una vez más, alejarse por el momento de la amenaza populista (...).

Efectivamente, Chile no es inmune al populismo pero el creciente respaldo a la candidatura del ex presidente Piñera representa un sentir ciudadano contrario al populismo. Este hecho, sumado a la solidez de nuestras instituciones, nos hace abrigar esperanzas de que Chile recupere en un futuro próximo el camino de crecimiento, igualdad de oportunidades y políticas públicas responsables por el que venía avanzando, el cual estamos seguros, lo llevará hacia el tan anhelado y hasta ahora esquivo pleno desarrollo humano.